

ESCENA III.

OCTAVIO y QUESTENBERG, que se quedan en la escena.

QUESTENBERG. (Con gestos de sorpresa.) — ¿Qué cosas me he visto obligado á oír, señor teniente general? ¡Qué obstinación desenfrenada! ¡Qué ideas!... Si tal es el pensamiento general que reina aquí...

OCTAVIO. — Habéis oído á tres cuartas partes del ejército.

QUESTENBERG. — ¡Ay de nosotros! ¿Cómo encontrar otro ejército, para tener á raya á este? Ese... Illo, según sospecho, piensa mucho peor de lo que habla. El otro, Butler, no puede ocultar sus aviesos instintos.

OCTAVIO. — Susceptibilidad... orgullo irritado... ¡nada más! A este Butler no lo abandono yo todavía; conozco los medios de desterrar de su espíritu las malas inclinaciones.

QUESTENBERG. (Paseándose desasosegado.) — ¡No! Esto es peor, ¡oh! ¡mucho peor, amigo! de lo que habíamos soñado en Viena. Lo observábamos sólo con ojos de cortesanos, deslumbrados por el esplendor del trono, y aun no habíamos visto al General, omnipotente en su campamento. ¡Todo es aquí de otra manera! ¡Aquí no hay ya Emperador! ¡El Emperador es el Príncipe! El paseo, que he dado por aquí en vuestra compañía, ha desvanecido mis esperanzas.

OCTAVIO. — Así os habréis convencido de lo peligroso de la comisión, que me habéis confiado desde la corte... y cuán expuesto es el papel que he de representar aquí. La más leve sospecha del General me costaría la libertad y la vida, y apresuraría la ejecución de sus proyectos perversos.

QUESTENBERG. — ¿En qué estábamos pensando, al entregar una espada á un loco, y confiar en tales manos tanto poder? ¡La tentación era demasiado fuerte para este corazón perverso! ¡Hasta hubiera sido peligroso para el hombre más leal! Rehusará, yo os lo aseguro, obedecer las órdenes del Emperador. Puede hacerlo, y lo hará... Su orgullo virgen revelará vergonzosamente nuestra debilidad.

OCTAVIO. — Y ¿creéis que, sin motivo, haya traído al campamento á su esposa y á su hija en el instante crítico, en que nos preparamos para la guerra? Arrancar esas últimas prendas de su fidelidad del territorio del Emperador, anuncia el próximo estallido de la rebelión.

QUESTENBERG. — ¡Ay de nosotros! ¿Cómo hacer frente á la tempestad, que se levanta amenazadora de todas partes? En las fronteras, el enemigo del Imperio, dueño ya del Danubio, avanzando siempre más y más... el campesino armado... todas las clases en conmoción... y el ejército, de quien esperábamos ayuda, corrompido, sin freno, sin cuidarse del Estado ni del Emperador, arrastrado en su extravío por un hombre en delirio, instrumento formidable, obedeciendo ciegamente en cuerpo y alma al más temerario de los generales.

OCTAVIO. — No renunciemos antes de tiempo á nuestros propósitos, amigo mío. La lengua se mueve siempre más que las manos; y algunos, dispuestos ahora en apariencia á los mayores excesos, llevados de su pasión imprudente, hallan de improviso un corazón en su pecho, si oyen llamar á su delito por su nombre. Por lo demás, no carecemos de defensores por completo. El Conde Altringer y Gallas, como sabéis, mantienen en el deber á su pequeño ejército, y aumentan su fuerza cada día. Él no puede sorprendernos, y sabéis que mis espías lo rodean por todas partes. Llegan á mí noticia sus acciones más insignificantes... y hasta me las revelan sus mismos labios.

QUESTENBERG. — Es de todo punto incomprendible que no advierta la proximidad del enemigo.

OCTAVIO. — No penséis, acaso, que yo, por medio de artificios engañosos ni de bajas complacencias, me haya atraído su favor, ni que con palabras hipócritas haya ganado su confianza. Son mis guías la prudencia y el deber, que me imponen mi patria y mi soberano, y así, oculto mi pensamiento. ¡Jamás le he engañado con mentiras!

QUESTENBERG. — Es una visible protección del cielo.

OCTAVIO. — No sé lo que tan poderosamente lo atrae y encadena á mi hijo y á mí. Siempre fuimos amigos y hermanos de armas; la costumbre de tratarnos, aventuras comunes nos unieron ya desde un principio... aunque puedo yo señalar el día, en que de repente se abrió para mí su corazón, aumentándose su confianza. Fué la mañana anterior á la batalla de Lützen. Un sueño importuno me obligó á buscarlo, y á ofrecerle otro caballo para la pelea. Lo hallé dormido, lejos de las tiendas, y á la sombra de un árbol. Cuando lo desperté y le conté mi propósito, me contempló admirado largo tiempo; luego me abrazó mostrando una emoción que no merecía mi leve servicio. Desde ese día me persiguió su confianza en la misma proporción en que le retiré la mía.

QUESTENBERG. — ¿Pondréis también á vuestro hijo al corriente de vuestro secreto?

OCTAVIO. — ¡No!

QUESTENBERG. — ¿Cómo? ¿Y no le advertís siquiera en qué malas manos se encuentra?

OCTAVIO. — He de confiarlo á su propia inocencia. El disimulo es incompatible con un alma sincera, y sólo su ignorancia puede darle la libertad de espíritu indispensable para inspirar al Duque confianza.

QUESTENBERG. (Con recelo.) — ¡Mi digno amigo! Tengo del

coronel Piccolomini la opinión más favorable... pero... si... reflexionad que...

OCTAVIO. — Es menester aventurarse... pero ¡silencio! que viene.

ESCENA IV.

LOS MISMOS y MAXIMILIANO PICCOLOMINI.

MAXIMILIANO. — ¡Él sí, él mismo es! ¡Mi querido padre! (Lo abraza, y al volverse ve á Questenberg, y se retira con frialdad.) ¿Ocupado, según observo? No quiero importunaros.

OCTAVIO. — ¿Cómo así, Maximiliano? Mirad más atentamente á este huésped. Un antiguo amigo merece más atenciones, y más respeto un enviado de tu Emperador.

MAXIMILIANO. (Con sequedad.) — ¿Questenberg? Bien venido seáis, si traéis algo bueno á este cuartel general.

QUESTENBERG. (Tomando sus manos.) — ¡No retiréis vuestra mano, Conde Piccolomini! No la estrecho sólo por mí, y bastante digo con esto. (Apretándole las dos.) ¡Octavio... Maximiliano Piccolomini, nombres de buen agüero y salvadores! La dicha no huirá jamás de Austria mientras estos dos astros, fecundos en bienes y propicios, brillen sobre sus ejércitos.

MAXIMILIANO. — Os apartáis de vuestro papel, señor Ministro, porque no habéis venido aquí para alabar; sé que vuestra misión es gruñir y censurar... No quiero preferencias en mi favor.

OCTAVIO. (A Maximiliano.) — Viene de la corte, no en todo tan contenta con el Duque como lo estamos nosotros.

MAXIMILIANO. — ¿Hay que hacerle acaso algún nuevo cargo? ¿Porque él solo resuelve lo que él solo comprende? ¡Sea en buen hora! Hace bien, y hará bien en continuar lo